

Biblioteca Infantil Argentina



LA VISITA DEL PRESIDENTE

Ada M. Elflein

020
Biblioteca Infantil Argentina

La Visita del Presidente

POR

ADA M. ELFLEIN

20-190

CON ILUSTRACIONES



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO N.º 1687

BUENOS AIRES

1918



Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



EXTRAORDINARIA agitación reinaba entre las alumnas de una de las escuelas públicas de Buenos Aires cierto día de marzo de 1826. Y en verdad que dicha excitación tenía su razón de ser, pues había anunciado visita para uno de los próximos días, don Bernardino Rivadavia, Presidente de la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Cuando la maestra anunció la grata nueva a las niñas, estas olvidaron libros y cuadernos para comentar el honor que debía recibir la escuela, y entregarse a especulaciones respecto a la persona del Presidente, a sus impresiones probables en la visita, a lo que diría y haría, si examinaría a las alumnas y mil otras cosas importantes. La joven maestra, comprendiendo que sus explicaciones acerca de los misterios de la multiplicación con cinco guarismos despertarían en aquellos momentos poco interés, consintió en postergarlas para responder a las numerosas preguntas de sus discípulas, preguntas a veces bastante originales. Una quería saber si el Presidente vendría en un caballo negro con guarniciones de plata; otra, si vendría rodeado de una es-

colta de caballería, si traería todos sus ministros, si ostentaría todas sus insignias. La maestra rió de tanto disparate brotado de las cabecitas infantiles, y en breves y sencillas palabras puso a sus alumnas al corriente de lo que ansiaban saber.

— El señor Rivadavia—dijo— vendrá probablemente en un sencillo carruaje, sin escolta alguna, y en compañía de uno de sus ministros. No traerá sus insignias, pues no se trata de un acto oficial. Es un caballero sumamente culto y ceremonioso; muy bondadoso, pero muy grave: de suerte que ustedes no deben tomar por aspereza lo que no es sino la seriedad innata de su carácter.

La campana que anunciaba el recreo, interrumpió las explicaciones de la maestra.

II

Las niñas se dispersaron por el patio, y olvidando tantas consideraciones serias, se entregaron a otras mucho más importantes para ellas.

—¿Qué vestido me pondré cuando venga el Presidente?

La primera que enunció esta pregunta fué Clarita, cuyos bucles de oro rodeaban una cabecita encantadora, inquieta, llena de ocurrencias siempre nuevas y originales.



La maestra respondió a las preguntas.....

—¿Qué nos vamos a poner? Yo tengo un vestido de seda blanca rameada, que abuelita me regaló para estrenarlo el 25 de Mayo próximo; pero lo voy a estrenar el día de la visita.

—Yo me pondré uno de muselina rosa—agregó otra—que es una monada unas medias blancas caladas y unos zapatitos... ¡Vieran ustedes qué zapatitos tengo yo!

—¡Como si todo el mundo fuera a mirarte los zapatitos!—le replicó Mercedes.—Mejor sería que te pusieras un medallón de oro como el mío, de este tamaño...—Y la pequeña exagerada formó con los dedos un óvalo de

las dimensiones aproximadas de un huevo de gallina.

—¡Bah! Yo tengo dos medallones; no hay quien no los tenga—arguyó Luisa.—En cambio, horquillas de carey como las mías no las posee nadie.

—Las habrás *manipulizado* tú—observó la otra, confundiendo lastimosamente el monopolio con la manipulación; pero como su compañera no conocía el significado de ninguna de las dos palabras, calló ante ciencia tan superior.

La campana llamó nuevamente a clase, y recogiendo sus pensamientos que revoloteaban como mariposas, las niñas volvieron al trabajo.

III

Una de ellas, empero, estaba muy distraída. Mientras Carolina sacaba con paciencia los hilos de un cuadrado de batista, que con el tiempo debía convertirse en un pañuelo vainillado, revolvía en su mente la conversacion de las compañeras de clase. Todas lucirían sus vestidos más hermosos. ¿Y ella? No tenía sino el que llevaba puesto. Su padre estaba en la Banda Oriental, en el ejército que a las órdenes de Alvear sostenía la guerra con el Brasil; y la madre, cosiendo y bordan-

do, ganaba apenas lo suficiente para mantener a sus cinco hijos, de los cuales Carolina, de doce años de edad, era la mayor. Esta sabía que su madre hacía un gran sacrificio al privarse de su ayuda para enviarla a la escuela. ¿Se atrevería a pedirle un vestido nuevo? El que llevaba puesto se hallaba en muy buen estado, pues Carolina era cuidadosa con su ropa; sabía que ese mismo traje debía durarle toda la estación.—Esto le importaba poco; por lo general, su genio alegre le hacía sobrellevar sin amarguras muchas privaciones que habrían costado lágrimas de desconsuelo a muchas otras niñas de su edad. Pero esta vez, en una ocasión tan extraordinaria... ¿Le pediría a su madre que hiciera una excepción?

Llena de esperanzas llegó a casa por la tarde. Doña María, su madre, estaba terminando el bordado de un rico juego de mesa, destinado a una novia. Escuchó complacida la novedad del día, que, hablando a borbotones, le refirió su hijita.

—Muy bien—observó.—Espero que se mostrarán ustedes dignas del honor que les hace el señor Presidente.

—Sí, mamá.—Carolina pasaba la mano por la lustrosa tela adamascada del mantel, en el cual los dedos hábiles de su madre entrelazaban letras y flores de hilo brillante.—¿Ha concluído ya esto?

—Dentro de un momento estará; mañana lo entrego.

—¿Y te pagarán en seguida?

—Sin duda; son muy buenos clientes.

—Entonces, mamita—continuó la pequeña diplomática, aprovechando la ocasión—entonces... como todas las niñas de mi clase llevarán sus mejores vestidos... si me hicieras también uno...

Su madre la miró con sorpresa y un poco entristecida.

—Pero hijita, tu vestido está muy bueno todavía. ¿Para qué quieres otro ya? Del dinero que me darán por estos bordados, la mayor parte se irá en el alquiler y en unos zapatos para la nena; los que tiene la pobrecita no es posible ya componerlos. ¿O prefieres que para lucirte quedemos debiendo al casero y ande descalza tu hermanita?

—¡Oh, no, mamá, no!—protestó Carolina, toda colorada.—Bien sabe usted que yo no quiero semejante cosa. Solamente he pensado que el vestido que necesitaré para el invierno, podría hacérmelo ahora, y así yo también...

Se cortó ante la mirada llena de tristeza y reproche de su madre.

—Estamos en marzo, Carolina. Hace todavía calor para la ropa de invierno; y además, hija mía, ya te he dicho que no puedo comprarte nada este mes. El Presidente no se fi-



—Sí, mamá.—Carolina pasaba la mano por la lustrosa tela adamsada....

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

jará en los trajes; y a la que te haga alguna observación acerca de tu vestido, puedes contestarle esto: «Mi padre está en el ejército sirviendo a su patria; mi madre trabaja para mantenernos y educarnos.» En eso hay más mérito que en dar a sus hijos vestido nuevo todos los meses. ¿No es verdad, Carolina?

—Sí, es verdad—admitió ésta, cabizbaja y resignada; y sin más comentarios fué a preparar la cena. Sin ser un portento de virtud ni de perfección, poseía en alto grado el sentimiento de la justicia, y reconocía sin esfuerzo la razón en las palabras de su madre. Aunque guardaba en el alma una pena, le pareció fácil conformarse, y su carácter valiente y alegre la ayudó a ocultar su decepción aquella noche.

IV

Mas cuando al otro día volvió a verse entre sus condiscípulas, a oír sus charlas y las descripciones de los trajes que pensaban llevar, Carolina comenzó a sentir el corazón muy pesado. Tenía también su coquetería y el gusto natural de las niñas por las prendas bonitas de vestir. Le pareció muy duro ser la única que no llevara ni una cinta nueva, cuando todas ostentarían sus mejores galas. Al principio se mantuvo muy fuerte y ani-

mosa: admiró sinceramente el medallón que una de sus condiscípulas había traído a escondidas para lucirlo de antemano, y escuchó, con el interés que debe mostrar toda buena amiga, la descripción de los primores ajenos. Pero cuando Clarita, la rubia, le preguntó:—Y tú ¿qué te vas a poner?—su fortaleza de ánimo se derrumbó, los ojos se le llenaron de lágrimas, y cubriéndose el rostro con el brazo se retiró a un rincón a llorar.

Clarita la siguió, asustada de ver el llanto de su amiga, de ordinario tan alegre. El motivo era fácil de adivinar, y la rubia lo hallaba muy justificado. Mientras abrazaba a Carolina, le decía al oído palabras de cariño y consuelo.

—No llores, Carolina. Yo tengo un vestido azul que te sentaría a las mil maravillas. Si quieres, le pido a mamá permiso para regalártelo. Somos de la misma estatura. ¿Quieres?

Pero Carolina sacudió la cabeza con vehemencia. Sentía que la aceptación de semejante regalo importaría para su madre una humillación y una ofensa.

—No, no, gracias—se apresuró a decir, secando sus lágrimas.—Eres muy buena y te lo agradezco mucho; pero ¿qué diría mamá? No me hagas caso, Clarita. Soy tonta. ¡Como si el Presidente fuera a fijarse tan

luego en mi vestido! ¡Verdad que éste no está tan mal?

—Es muy lindo, y mucho mejor cuidado que el mío—asintió Clarita cordialmente.—Yo no sé cómo haces para tenerlo siempre tan limpiito: no parece sino que fuese nuevo.

Entretanto, las otras niñas, afligidas de haber provocado lágrimas en una compañera tan querida, evitaban el tema de los vestidos, y, en cambio, rodeando a Clarita y Carolina, esta última otra vez risueña, charlaron de una serie de cosas ajenas al tema que las preocupaba.

V

Esta vez la más distraída fué Clarita. Su cerebro activo y fecundo hallábase preocupado con una idea, a la que pugnaba por dar forma.

Después de las clases reunió en torno suyo a la mayor parte de sus compañeras, asegurándose primero de que Carolina se había marchado.

—¡Saben?—les arengó—estoy pensandô en Carolina. Va a ser la única de la clase que tendrá que venir con su vestido de todos los días.

—¡Pobrecita!—exclamó una niña desde el fondo de su pequeña alma vanidosa.

—Yo le ofrecería uno, si me atreviera—observó otra.

—No,—objetó Clarita;—ya lo hice yo, y dijo que su mamá no le permitiría aceptarlo.

Las muchachas reflexionaron.

—¿Y si nos reuniéramos para regalarle uno entre todas?

—Vendría a ser lo mismo.

—Y además, mañana viene el Presidente y no habrá tiempo de hacerlo.

Otra pausa. En seguida Clarita, en cuyo espíritu se había hecho la luz, dió su parecer.

—Vean: si lo consideramos bien, ¿por qué habríamos de emperejilarnos para la visita? El Presidente viene a ver lo que sabemos y no lo que llevamos puesto. Propongo, entonces, venir ese día como de costumbre. Lo que es yo me pondré este mismo vestido.

Hubo sorpresas, exclamaciones de conformidad y de protesta. El sacrificio exigido no era pequeño: se trataba de privarse del placer de brillar, de renunciar a la sensación agradable de verse mejor adornada que las demás.

No fué fácil ponerse de acuerdo. Algunas manifestaron su adhesión y otras se pronunciaron en contra de la propuesta; pero el buen fondo acabó por vencer en la mayoría. Salvo unas pocas, las niñas se adhirieron a la proposición de Clarita.

VI

Carolina no había vuelto a decir una sola palabra acerca del asunto de los vestidos. Se avergonzaba de sus lágrimas y se llamaba a sí misma ingrata; pero a pesar de todo, no era perfecta, y cuando se dirigió a la escuela el día señalado para la visita del Presidente, pensó con tristeza, aunque sin envidia, en los adornos lindos y lujosos que llevarían sus compañeras. Clarita estaría muy hermosa con su vestido de seda blanca, y en cuanto a Rosa, el traje celeste le sentaría admirablemente. ¡Y los hermosos zapatitos de que hablaba Angela, y las horquillas de Carey de Luisa, y el moño rosa que luciría Mercedes en su rulos castaños, y el medallón de oro de Josefa!

Pasito a paso llegó a la escuela. En el patio vociferaba ya un enjambre de condiscípulas. ¡Qué primores vería ahora! Sería la cenicienta entre tantas princesitas.

Pero ¿se equivocaba o estaba allí Clarita con su vestido azul de todos los días? Y aquella ¿no era Angela con los zapatos de siempre? Y la otra ¿no era Rosa, de granate como de costumbre?

Por más que Carolina abría sus ojos asombrados, no descubrió nada de extraordinario: ni moños, ni alhajas, ni adornos, ni lujo

de ninguna especie entre sus compañeras de clase, salvo dos o tres excepciones. No sabía qué pensar, y corriendo hacia ellas pidió aclaraciones.

—¿No iban a venir endomingadas?

Las niñas se miraron perplejas: un mismo sentimiento de delicadeza confuso, pero imperioso, les impedía de pronto decir la verdad. Clarita, como siempre, salvó la situación con su presencia de ánimo.

—Mamá no quiso que me pusiera el vestido blanco—repuso.

—Tampoco a mí me dieron permiso para traer el medallón,—agregó Josefa,—y todas, aliviadas, dieron más o menos la misma explicación.

A Carolina no se le ocurrió ni remotamente, que aquello obedecía a un noble arreglo de sus amigas; ni siquiera se detuvo a profundizar, por el momento, el hecho sorprendente. No sintió sino la alegría inmensa de verse igual a las demás; y libre de su pena y preocupación secretas, su júbilo sin límites desbordó, contagiándolas a todas con su risa de duendecillo revoltoso.

VII

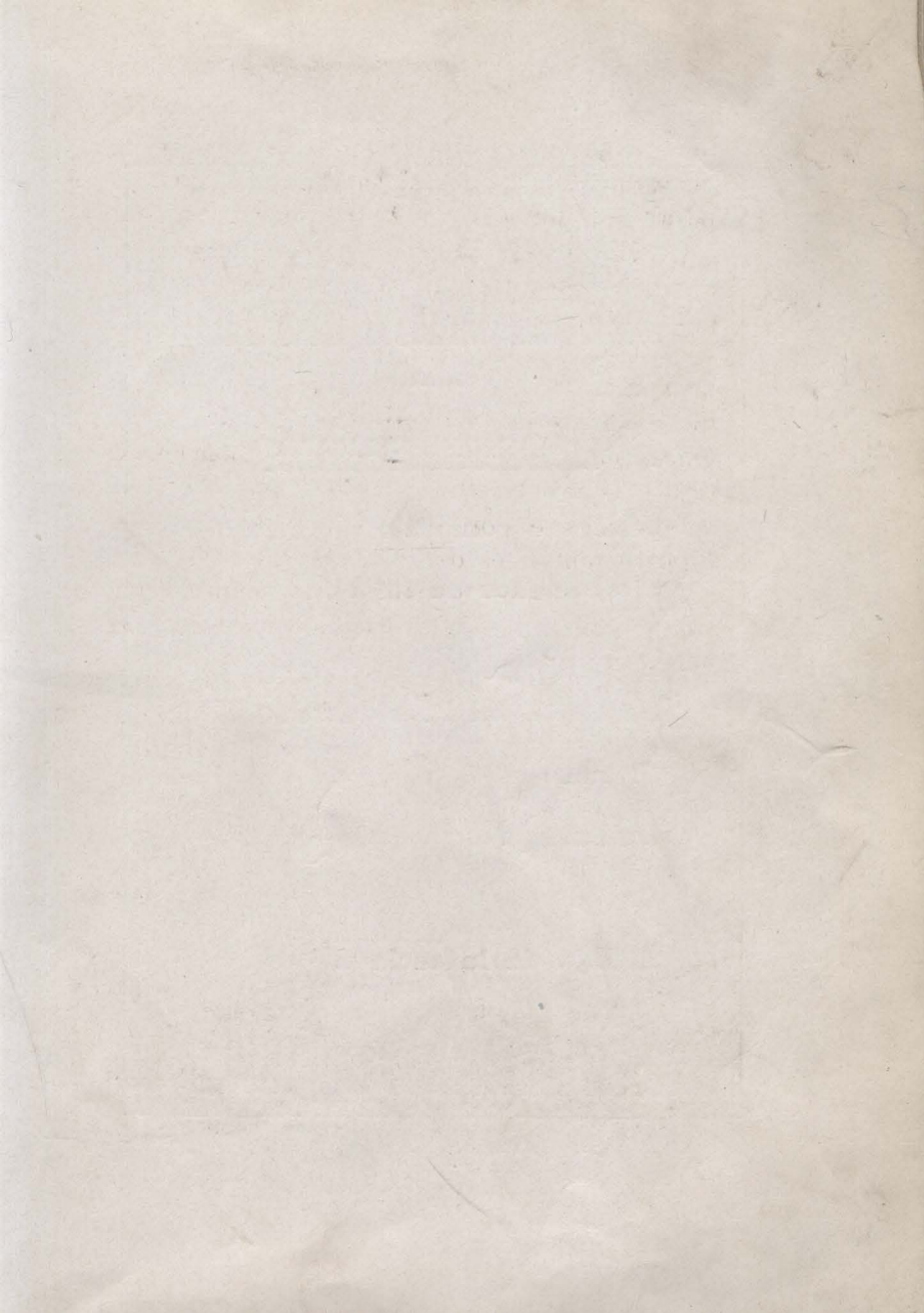
Cuando el señor Rivadavia, acompañado del ministro de Gobierno, don Julián Segun-

do de Agüero, hubo visitado la escuela, se detuvo un minuto más en la clase superior para cumplimentar a la maestra.

—Me agrada mucho—agregó, después de algunos conceptos tan honrosos para aquella como para las alumnas—ver la sencillez y corrección con que visten la mayor parte de las niñas de esta clase—aquí, una mirada de censura se detuvo en el traje de dos o tres chicas engalanadas, y otra de aprobación se deslizó sobre las demás.—Veo, por ello, que se da más importancia a los adornos del espíritu que a los del cuerpo.

Y los rostros juveniles se encendieron en rubor, pues ninguna sabía discernir bien si el elogio era merecido o no.





BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Un deseo cumplido

El vendedor de leña

A mano

La visita del Presidente

El Ñato

La Partida

Cacho

El hijo de la esclava